

EL PAÍS, viernes 21 de marzo de 2014

21

ECONOMÍA

Europa apuntala la unión bancaria

La Eurocámara peina el pacto de los ministros y acelera el fondo común para cerrar bancos ● Dijsselbloem llamó dos veces a Schäuble, que obligó a cambiar el texto final

CLAUDI PÉREZ
Bruselas

"Es imperativo romper el círculo vicioso entre los bancos y los emisores soberanos, y el mecanismo de rescate europeo (Medef) debe tener la posibilidad de recapitalizar directamente los bancos". La cumbre europea de junio de 2012 vio nacer así una idea luminosa, la unión bancaria europea. Alemania reinterpretó esa cumbre apenas tres meses después, y dejó un proyecto muy rebajado, que aprobaron los ministros de Finanzas el pasado diciembre y que ni rompe el dichoso círculo vicioso ni permite recapitalizaciones bancarias directas salvo en situaciones muy excepcionales. Tras un fenomenal tira y afloja, el Parlamento Europeo consiguió ayer un esbozo más ambicioso, que peina alguno de los ribetes más germanizados del pacto de diciembre, aunque queda lejos de la ambición de hace dos años. Tras una reunión maratónica, la UE dio luz verde de madrugada a un principio de acuerdo que permite seguir adelante con la unión bancaria en los plazos marcados: tras la creación del supervisor único (el BCE), se aprueba un mecanismo único de resolución, con un fondo de 55.000 millones para cuando haya que cerrar bancos.

El diablo está en los detalles, y en la letra pequeña queda claro que este no es el proyecto de 2012; es una unión bancaria más confederal —con votos según lo que cada uno aporta, por ejemplo, y solidaridad limitada—, que respeta escrupulosamente las líneas rojas de Berlín. Pero aun así supone un paso adelante: hasta ahora, los bancos son europeos en vida; cuando mueren y necesitan dinero de los contribuyentes, pasan a ser nacionales.

Eso empieza a cambiar. El BCE ejerce ya como supervisor y en otoño dará a conocer los resultados de los exámenes a las grandes entidades. No hay dudas acerca de que detectará agujeros: la



El presidente del Eurogrupo, Jeroen Dijsselbloem, a la izquierda, charla con el ministro de Finanzas alemán, Wolfgang Schäuble. / A. ANANSI (CORBIS PRESS)

incógnita es solo el tamaño del hueco. Antes de acudir al rescate de los bancos, las autoridades obligarán a aplicar pérdidas a los accionistas y a los acreedores. Pero aun así es muy posible que haya que inyectar dinero público —una vez más—, o incluso que haya que cerrar algún banco, algo casi inédito en Europa. Al menos hasta ayer, con la aprobación de la segunda pata de la unión bancaria, el mecanismo y el fondo de resolución, que permiten apretar el botón nuclear para cerrar una entidad sin desencadenar —en principio— una crisis financiera.

El Parlamento consigue simplificar la toma de decisiones: el BCE y el directorio de ese mecanismo tendrán mucho más peso que los Estados miembros, que han perdido influencia. La Eurocámara también logra que el fondo —al que contribuyen los ban-

cos de cada país— esté listo en ocho años, y no en 10. Los eurodiputados no consiguen romper el principio de que el fondo siga siendo un conjunto de compartimentos estanco hasta el octavo año, pero al menos sí aceleran la

El mecanismo estará listo en ocho años y no en 10 como se preveía

mutualización: el primer año estará mutualizado el 40%, y el tercer año el 70%. Y le permite endeudarse en el mercado. La cuestión es si eso será suficiente: el tamaño del fondo mutualizado ascenderá a unos 14.000 millones en el tercer año; menos que

la inyección a Bankia; menos incluso que las pérdidas del italiano Unicredit en 2013.

El proyecto, en fin, avanza en la buena dirección, según fuentes financieras, pero queda lejos de las promesas iniciales. "Respecta las principales exigencias de Alemania", explica Santiago Carbo, de la Bangor School. Se trata de una unión bancaria en la que el sistema de voto depende de la contribución de cada país (de ahí el apellido confederal que le atribuyen ya algunos analistas, a diferencia de lo que ocurre con el BCE, por ejemplo). El fondo se establece a través de un acuerdo intergubernamental, al margen de los Tratados de la UE. Y el pacto, tal como explica Schäuble, tampoco fija ningún vínculo explícito entre el fondo de resolución y el Medef: si se desata una crisis y no hay dinero suficiente, tendrá que en-

deudarse en los mercados. Se limita así la solidaridad europea.

A dos meses de las elecciones, tanto el equipo negociador del Parlamento como la Comisión se felicitaron por el "espíritu de compromiso", dijo el vicepresidente Michel Barnier. "La Eurocámara es poderosa: podemos despertar a Schäuble de madrugada para que haga concesiones", apuntó el eurodiputado verde Sven Giegold. Y es cierto que Schäuble cedió; hace un mes amenazó al Parlamento con que no habría unión bancaria si se tocaba una sola coma del pacto de diciembre. Eso sí, hay otra lectura posible: según las fuentes consultadas, Schäuble no recibió una llamada de madrugada, sino dos: exigió cambiar detalles técnicos del texto final, y no dio su visto bueno hasta que cambió lo que quería. Queda claro quién manda en la Unión.

La venganza de Jacques Delors

Xavier Vidal-Folch

¿Con qué lo comparamos? Si contrastamos el acuerdo de principio alcanzado entre ministros y parlamentarios sobre el fondo de liquidación y rescate bancario con las promesas federalistas de la cumbre de junio de 2012, nos queda un ácido mal sabor de boca. Si lo comparamos con el magro resultado intergubernamental del Consejo Europeo de diciembre, constatamos mejoras que demuestran la utilidad de la Eurocámara (y su conjura con el BCE y la Comisión) e incitan a votar el próximo 25 de mayo. Si recordamos que el ministro de Finanzas alemán, Wolfgang Schäuble, dijo al inicio de esta negociación que se atenta a las lentejas de di-

cembre, o las tomas o las dejas, las sumisas consultas telefónicas del presidente del Eurogrupo dolerán algo menos: ningún país, ni siquiera "el" Estado miembro por antonomasia, puede imponer del todo su "diktat".

Pero hay otra comparación jugosa, la practicable no con la lupa cotidiana sino con el catalejo de la historia. En abril hará 25 años que el Comité Delors, fabricante del diseño de la unión monetaria, publicó su famoso Informe. En el punto 32 propugnó crear una autoridad de supervisión bancaria ejercida por "un Consejo de supervisión o un Comité de controladores independientes"; e involucrar al futuro banco central (hoy, BCE) en "la coordinación de las políticas de supervisión". Aquella autoridad decayó, no llegó al Tratado de Maastricht; lo segundo llegó a encara-

marse al artículo 105, pero diluido, cojo y exangüe: el banco central contribuiría a "la buena gestión de las políticas que lleven a cabo las autoridades competentes con respecto a la supervisión prudencial de las entidades de crédito y a la estabilidad del sistema financiero". Paparruchas.

¿Por qué se abortó entonces la supervisión, primer pilar de la unión bancaria que ha debido esperar tanto? Porque el Bundesbank convenció a sus colegas y a los (entonces) doce ministros de Economía de que anpar al Tratado un rol explícito del BCE en la supervisión bancaria era peligroso. ¿Peligroso? Sí, según los gobernadores y los "ecofines", pues el encargo de regular y supervisar adquiría por eso mismo, aunque fuera implícitamente, la responsabilidad de pagar los platos rotos de cualquier percalce que sucediera

bajo su tarea controladora. Es decir, tendría que apcechugar con todo el coste, o parte, de rescatar un banco o liquidarlo. El segundo negociador de Fráncfort, Hans Dietmeyer, dejó caer que su negatíva "no significa que el BCE no tenga que apoyar la estabilidad del sistema financiero, pero eso no debe escribirse jamás, porque equivaldría a riesgo moral": o sea, a incentivar la conducta desordenada de los bancos si sabían que tenían red de seguridad. Es decir: la autoridad de supervisión reclamaba una autoridad y un fondo de rescate/liquidación bancaria, o de "resolución". O sea: aportar fondos.

Un cuarto de siglo después, algunas de las ideas estupidamente desechadas del Informe Delors se imponen, aunque sea a tímidos borbotones. Han tomado venganza. "La unión económica y la unión monetaria forman parte integrante de un conjunto y deben en consecuencia realizarse en paralelo", reclamaba el gran Jacques. Tardó, pero va llegando.